

**RESEÑA: SENTI-PENSAR EL GÉNERO. PERSPECTIVAS DESDE
LOS PUEBLOS ORIGINARIOS. GEORGINA MÉNDEZ TORRES, JUAN
LÓPEZ INTINA, SYLVIA MARCOS Y CARMEN OSORIO HERNÁNDEZ ¹**

Lilia Granillo Vázquez²

Georgina Méndez Torres, Juan López Intina, Sylvia Marcos y Carmen Osorio Hernández (coords.), *Senti-pensar el género. Perspectivas desde los pueblos originarios*. Guadalajara, Jalisco: La casa del mago, 2013. ISBN: 978-607-9207-28-8.

Apoderarse de la palabra, más allá del racismo y la exclusión

Encuentro una doble fortuna en compartir la lectura de este libro interesante e inteligente. La primera me llegó con la alegría de constatar lo saludable y adelantadas que están las mujeres mexicanas de las que solíamos llamar “comunidades indígenas”. Mujeres que hoy desean ser identificadas como de los “pueblos originarios”. Me siento afortunada de constatar tanta salud y tanta autoestima después de más de cinco siglos de la caída de las civilizaciones mesoamericanas, originarias de este territorio. Más aún cuando una de mis alumnas es autora, segunda fortuna.

A la edad de 45 años me enteré yo de que mi bisabuela y mi abuela materna habían sido purépechas, indígenas originarias de la región de Tierra Caliente, en el Estado de

¹ Fecha de recepción: 30/04/2014.

Fecha de aceptación: 02/07/2014.

² Profesora Investigadora, Departamento de Humanidades de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco, Ciudad de México, e investigadora nacional (SNI) PROMEP. Responsable del Cuerpo Académico UAM-105, Estudios culturales: género, lenguajes y sustentabilidad, México; ✉ liliagranillo@gmail.com.

Michoacán. Mi madre nació en 1927, en Morelia, ciudad de criollos, de ahí emigró en 1937 a “La Capital”, la Ciudad de México. Continuó su educación, primero como maestra normalista y luego pudo estudiar unos años en la recién inaugurada Universidad Iberoamericana (fundada por curas jesuitas, refugiados de la República Española). Siempre se ufanaba de ser descendiente de la nobleza española. A nosotras –cuatro hermanas– nos mandó a estudiar, como ella, con las monjas del Verbo Encarnado, al Instituto Anglo Español. Efectivamente las fotos de su abuelo paterno mostraban a un hombre blanco y barbado, parecido a Maximiliano. “El apellido Vázquez –solía decir mi madre– debía ser *Vázquez de la Cadena*. Somos descendientes del Conde de la Cadena, aquél que peleó en el ejército realista primero, en 1810; y que decidió cambiar de bando y seguir al Cura Hidalgo cuando éste pasó por Guanajuato. Por ser liberales fue que se perdió la fortuna familiar y la nobleza, aunque no la alcurnia. Por la Revolución de 1920 tuvimos que acortar el apellido. Aprendimos profesiones liberales, abogados, maestros. Somos familia de maestros”. Y de mi abuela materna nada decía, sólo que ella también había sido profesora, como su padre, como ella, como yo y mis hermanas y primas.

Un día, tras investigar en los archivos de la región del Río Balsas adonde la Universidad Nicolaíta ¹, me había invitado, encontré parte de mi genealogía. “Madre, –la interrogué– mi abuela era purépecha y fue maestra rural en Huétamo, un pueblecito hermoso de Tierra Caliente, donde en los puestos de la calle venden oro como si fueran jitomates o naranjas. Ya la encontré en los archivos de allá”. Se me quedó viendo incrédula: “–Mira tú, de dónde sacaste eso”. Le contesté que del color de mi piel, de ser la morena de la familia. Nos reímos las dos. Por primera vez hablamos de la sangre indígena, aborigen, purépecha, originaria de esta tierra. Todas mis hermanas son blancas. Yo soy morena, mezclada, mestiza.

Tres instituciones centradas en los intereses indígenas coinciden en este volumen y comparten los derechos del mismo: la Red Interdisciplinaria de Investigadores de los Pueblos Indios de México, A.C. (Red INPIM); la Red de Feminismos Descoloniales y el Taller Editorial La Casa del Mago. Las tres me honraron invitándome a presentarlo una

¹ Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, que se ufana de haber tenido como Rector al Cura Hidalgo, el Padre de la Patria.

mañana de diciembre en un sitio digno de las mujeres de los pueblos originarios². El Museo de la Mujer fue una empresa de la Federación de Mujeres Universitarias (FEMU), acometida por su presidenta fundadora, Patricia Galeana, quien no descansó hasta alojar en el Centro Histórico de la Ciudad de México, un recinto que honrara la historia contributiva de las mexicanas. ¿Qué mejor lugar que este recinto, conmemoración de género, para comentar la obra que compendia, rejuvenecida, tradición tan longeva?

Las 340 páginas han sido escritas por 17 autoras –dos de ellas varones–. Son testimonio del proceso de autognosis, el autoconocimiento y la investigación científica desde la óptica de los pueblos originarios. He aquí asociada a la práctica filosófica manifiesta por la ciencia indígena mexicana que ostentan los y las propias indígenas. Da cuenta de los feminismos indígenas y de las respuestas masculinas a estos feminismos, un gran acierto en la conversación.

En octubre de 2010, con motivo del Centenario y Bi-Centenario de las dos grandes guerras mexicanas, se llevó a cabo la Asamblea primera de la asociación que congregó a estas dos redes. Las indígenas mexicanas convivieron con mujeres de Ecuador y de Guatemala. Después, hombres y mujeres trabajaron en torno a cuestiones de género de febrero a junio de 2011, en seminarios que tenían por objetivo aprender la experiencia de unas y otras, compartir los saberes y la crítica poscolonial. Se trata de una colección de ensayos, poesías y narraciones que abordan las cuestiones de las relaciones entre hombres y mujeres, así como los llamados “temas del desarrollo”. Un volumen que todos los y las interesadas en la vida política, religiosa, cultural, social de México, de América, deben leer para confirmar los intereses de los pueblos originarios.

Las edades de las autoras oscilan entre los 70 y los 20 años de edad; las voces se reconocen pese al desplazamiento de más de 50 años. La idea de hablar y de volver estas voces públicas es incidir en los programas de estudio y, específicamente, en los de posgrado para innovarlos con las nociones clásicas de lo originario. Basta con leer el

² Museo de la Mujer, Centro Histórico de la Ciudad de México, 6 de diciembre de 2013.

índice para aficionarse a esta conversación, diálogo de la construcción colectiva de conocimiento.

He comenzado hablando de la fortuna de contar con alumnas aventajadas. Debo corregirme y afirmar, con el feminismo colonial que ellas pregonan, que “es hora de dejar que las alumnas hablen”. Ellas nos dicen que hay que escucharlas, restablecer la horizontalidad en las relaciones comunitarias, y retomar los diálogos en las mesas redondas de las cocinas y salas. Con ello, se recupera el sentido de comunidad. Y para dar la prioridad al dialogo, al intercambio, hay que conversar más que mandar o recetar. Sólo desde la horizontalidad, afirman las mujeres indígenas, se puede y debe dialogar con el Estado: desde la libertad y sobre una plataforma equitativa para la comunicación.

Versátil y diverso cual género femenino, el libro puede leerse como un repositorio de los saberes actuales de los pueblos originarios. Más que de saberes aborígenes –pues que están vivos, son de hoy– compila una alacena de conocimiento, una enciclopedia breve, un compendio de materias y temas selectos. La estructura del libro es un dialogo en sí: los capítulos llevan comentarios, réplicas. Revelan saberes y filosofías de vida, cosmogonía o profesiones, sus activismos y gobernanzas. Abundan quehaceres que van desde los hilados y tejidos a la historia oral o literaria; a la defensa de la tierra y del ambiente en maya, en purépecha, en tzeltal, en zapoteco, en mixteco.

Mónica Elena Ríos, quien fuera mi alumna en la Maestría de Literatura Mexicana Contemporánea, escribe: “Soy una mujer que habla: Ensayistas Indígenas”. Verónica Renata López Nájera y Cynthia González Cárdenas son sus comentaristas. Encuentran dos dimensiones en el escrito de Mónica: “herramienta de expresión subjetiva desde el universo indígena y como mirador social desde la perspectiva de género” (239). Lo cierto es que Mónica rescata, para deleite de los y las estudiosas de la escritura de mujeres, una bibliografía, un corpus ensayístico que bien podría sustentar un programa de estudios, un posgrado en literatura.

Cuando las alumnas son intrépidas, sólo cabe admirarlas. Y más cuando la intrepidez las convierte en dueñas de la expresión: a la lengua –dicen– hay que explotarla, usarla, decir lo imposible. Por ejemplo, aquí y allá se leen imposibles como “corazonando

publicamos” (119). Y explican que ahí se unen los campos semánticos y la racionalidad indolente. Esto de *senti—pensar* se realiza con un corazón pensante y el sentimiento latente. Al “veredear” (161), al hacer veredas o caminar en veredas, se encuentra el equilibrio, un “equilibrio homeoreico”, fluido, concebido en desplazamiento continuo.

Dar la prioridad al diálogo, conversar más que mandar o aplicar, usar (131) permite hablar de racismo, de sexismo, de clasismo. De esta forma los discursos de género no son únicamente charlas de feminismo, de sometimiento, de diferencia o de equidad. Llegar a articular los saberes contra la opresión, eso es senti-pensar, volver académico el conocimiento es alejarlo de la vida que lo vio nacer (143). Al separarse de los pueblos, del impulso comunitario que lo hizo surgir, al establecerse en la nube institucional, universitaria que lo vuelve estático y lo encierra en capillas y sociedades, el conocimiento pierde dinamismo, deja de tener sentido.

Teoría y praxis. ¿Armas? ¿Un solo saber? No. Saber cómo hacer es mejor que sólo saber. ¿Para qué? Para saber cómo escribir las historias, cómo ser empresaria, cómo defender el ambiente, cómo ser productoras, cómo dejar de ser racista, dejar de ser clasista. La propuesta del libro es articular los saberes contra la opresión. Hay que hablar de racismo, de sexismo, y no solo de feminismo. Platicar de los problemas cotidianos de la diferencia, o de la construcción de la equidad. *Senti-pensar* está más allá de un solo saber. Cómo hacer es mejor que saber. Ante propuestas tan inteligentes, me incomoda reconocirme “mestiza ladina”. Me reconozco pueblo originario, mujer, vientre de la tierra. Conversaciones como las de este libro me permiten recuperar identidades originarias, festejarlas y gozar la versatilidad, la diversidad propia.

Si alguien quiere iniciarse en los estudios de género o en los estudios de los pueblos originarios, ha de comprar este libro. Que revise la bibliografía que acompaña cada artículo, cada narración; que tome nota del marco teórico que ubica cada capítulo en su dimensión científica. Un verdadero saber enciclopédico sobre los temas que trata hay en estas casi 400 páginas, escritas con sabor cotidiano de saberes imperecederos.

Cómprenlo, léanlo, aprendan: hagan comunidad, pueblo. Equiparo la fortuna de presentar este libro que es bueno, bonito y barato, con la fortuna de haber conocido a

algunas de las autoras en mis aulas de clase de "Estudios de género y narrativa mexicana".
¿Qué mayor satisfacción para una maestra que ver descollar a sus alumnas destacadas?
Gracias Mónica Elena por invitarme, gracias Mariana por pensar en mí e incluirme en
conversación tan entrañable. Ha sido una delicia conocer tanta mujer inteligente, por ello
comparto esta lectura.